



El estruendo en los ojos

MARÍA TERESA
JOHANSSON¹

Ahora mismo, en algún hospital alguien está perdiendo su ojo, otros van a perder sus ojos mañana, varios los han perdido ya. Estos días han traído de regreso la violencia sobre los ojos.

Ojos rotos, desangrándose, expuestos.

¹ Académica Departamento de Lengua y Literatura Universidad Alberto Hurtado.

Impactados por diparos de proyectiles, balines, y carros lanzaaguas, los ojos han sido arrojados a las calles, esparcidos en las veredas. Desprendidos en delitos de receptación, los ojos han quedado entre cintas y plumavit junto a las cajas de cartón, desperdigados entre los televisores.

Esos ojos nada dicen, porque son mudos los ojos perdidos. No tienen la memoria de lo que alguna vez vieron ni tienen lágrimas tampoco. Están secos los ojos sacados, saqueados, con la fuerza del impacto de las armas de guerra.

En *Sangre en el ojo*, Lina Maruane entregó una imagen para la experiencia de un presente inevitablemente impregnado por la memoria del pasado dictatorial, la de un accidente ocular: “Pero no era fuego lo que veía sino sangre derramándose dentro de mi ojo.” La hemorragia repentina de la protagonista deriva en una abrupta ceguera,

transformando una vida en la que las esquivas de un trauma social son apenas visibles: “Tengo el pasado amontonado en los ojos, le dije.” Al tiempo, la sangre en el ojo explicita la necesidad del desquite.

La imagen de la sangre en el ojo de la novela no solo remite a una herida producto de la violencia militar sino que, de pronto, se vuelve premonitoria.

En estos días la Sociedad Chilena de Oftalmología informa de un "alto número de pacientes con lesiones oculares graves y con daño visual irreversible " y solicitan “que se apliquen correctamente los protocolos al momento de resguardar el orden público”. En la calle, un padre con su niña sordomuda recibe un proyectil en su ojo; una joven enfermera de pelo castaño ha sido impactada por la bala en la pupila; decenas de personas padecen traumatismo ocular con globo abierto y explosiones oculares con desprendimiento de retina: han perdido la visión debido a un estallido ocular. Vuelven a estar rotos los ojos en las comisarías, en los hospitales, en las veredas.

Retorna la sangre a los ojos. Es un estruendo. Cantidad de ojos se han reventado producto de balas que los han usado como blancos del disparo y de bombas arrojadas a la multitud. Se incrementan las operaciones, quinientos ojos heridos, dicen, gas de lacrimógenas y pimienta sobre los ojos de todos: “jueces van a poner el ojo”, “que el gobierno siga rompiendo los globos oculares, a este señor no le importa”, se escucha decir en la radio. La imagen de las jóvenes con un parche en el ojo se proyecta en la pantalla.

Tras varias semanas de manifestaciones, se habla de dos centenas de personas que han perdido un ojo, número que cifra un “récord mundial”. En televisión, los

periodistas refieren fuentes del Colegio Médico y usan palabras que generan perplejidad: hablan de una “epidemia” y de una “emergencia sanitaria” por lesiones oculares. Como si citaran a Saramago, estas palabras hacen aparecer la soterrada posibilidad de un contagio colectivo de la ceguera que solo la ficción de la novela *Ensayo sobre la ceguera* ha podido imaginar: “cuando parece comprobarse algo semejante a un brote epidémico de ceguera, provisionalmente llamado mal blanco” . Hoy, sin embargo, algo de esta irrealidad se verifica en lo real.

En las marchas los jóvenes caminan vendados, sus pancartas levantan dibujos de niñas escolares con parches en el ojo; el New York Times publica el documental ‘It’s mutilation’, el que subtitula “The police in Chile are blinding protesters”; sobre la calle aparecen gigantografías de ministros con los párpados cerrados y dañados. Cada día se contabilizan más personas con heridas y se realizan manifestaciones frente al hospital en que se encuentra internado el joven Gustavo Gatica. Los rectores de universidades abogan por el cese del uso de los balines contra los estudiantes. Ante la denuncia internacional y la presión interna, el Ministerio de Salud anuncia un “Programa integral de reparación ocular” que financiará las cirugías oftalmológicas en la Unidad de Trauma Ocular del Hospital El Salvador.

Son días de ojos violentados, heridos, otra vez como antes.

Los ojos perdidos explicitarán la persistencia del trauma y permanecerán en la memoria como una imagen asociada a la resistencia de una generación. Paradójicamente, el daño inflingido a la visión parece expresar también la represión al término de una agnosis visual

generalizada: aquella que durante años había impedido reconocer lo que se estaba viendo.

Tal vez despertar sea abrir los ojos y verse tuertos, ciegos o con sangre en el ojo. A través de esa mirada herida, habrá que transformar lo existente y también tipificar la violencia ocular.

(Imágenes de la artista visual Ivana de Vivanco)

